

«Pegdón, señog; yo creí que era un amigo mío. ¡Cagamba qué equivocación!»! Era una de las clásicas equivocaciones de don Otto.

En Chiloé fueron varias y muy divertidas sus aventuras, y sus encuentros.

Por ejemplo, navegando entre Castro y Chonchi se asombró de que un hombre corpulento, pero de pésima traza, pues vestía un traje raído y seboso y llevaba roto el calzado, le conversaba familiarmente al capitán. Al llegar al último punto, ante el mejor comercio del pueblo—tienda, almacén, mercería, etc.—preguntó por el propietario, y una señora le señaló al mismo sujeto de a bordo que descargaba personalmente una partida de sacos de harina. «Según me explicaron, termina, no se trataba de un avaro, sino simplemente de un hombre que se había formado de esa ruda manera». ¡Qué ejemplo para tantos otros que habiendo subido de pobres a ricos, se dan después más humos que un grande de España!

En resumen, pasan por este libro, que nos recuerda las mejores novelas de Baroja una gran diversidad de tipos de lo más curiosos e interesantes. Un poco tal vez de la novela picaresca. Eso no quita que los capítulos finales, en que el autor nos narra los últimos días de su primera mujer, sean de una emoción profunda.—J. E.

<https://doi.org/10.29393/At249-100LAAA10100>

LUZ DE AGOSTO, por *William Faulkner*

Como desde el fondo de una realidad que ya no puede ser resistida, buscando el lenguaje del hombre para nacer, así nos llega esta Luz de Agosto, la historia de un mulato de Jefferson. Faulkner introduce el caos como un nuevo elemento. El caos de la vida misma: un desorden permanente. Todo fluye con una sorpresa natural; la angustia tiene una frescura y una diafanidad

esencial: es auténtica. Porque Faulkner es un desesperado, busca con su raíz llameante los tumbos que todavía da una raza que nació para vivir humillada. Y su ávida voz es la de esa raza; aún más, es su dolor, su tragedia actuando. Faulkner elimina lo superfluo; no lo necesita. Su sangre ha sido empujada de crimen en crimen, ha sido horriblemente estancada en los ahorcados contra el crepúsculo. Demasiado tiempo humillado ha caído sobre él para detenerse. Cada uno de sus personajes lleva la angustia de un lenguaje que emerge rompiendo lo establecido creando siempre, aceptando una realidad que es necesario vencer pero sin ninguna clase de bifurcaciones, *regresando* del sueño y de la poesía. Es una voz que no se separa de lo cotidiano, de los acontecimientos que el hombre produce o abandona durante su aventura: lo nefasto y lo sublime, una aleación constante que se lleva pegada al cuerpo como un crimen o la imagen de Dios.

Cristmas, el mulato, llega a trabajar a un aserradero: «Le pareció que ninguno de los hombres había mirado al desconocido de una manera especial hasta haber oído su nombre. Pero, en cuanto lo oyeron, fué como si por el sonido de aquel nombre hubiera algo que intentara decirles lo que podían esperar, que como una flor su aroma, o una sepiente de cascabel, su cascabel» huye de su protector, un fervoroso y fanático creyente: «Y el chico esperó con los pantalones caídos a los pies, con las piernas en el aire bajo la corta camisa, poquita cosa y erguido. Cuando le golpeó la correa no se inmutó, no pasó un estremecimiento por su cara. Tenía la vista fija adelante con una expresión absorta y tranquila como la de un fraile en un cuadro. Mc Eachern empezó a golpearle metódicamente con un vigor lento y deliberado, pero aún sin ardor y sin cólera. Hubiera sido difícil decir cuál de las dos caras estaba más absorta, más tranquila, más convencida», conoce una mujer: Miss Burden que lo sorprende robando. Es su amante y asesino: «La sombra del revólver y la del brazo y mano de Miss Burden en la pared no se movían. Ambas eran monstruosas, monstruoso el gatillo montado, curvado hacia

atrás con la maligna postura de una cabeza de serpiente, arqueada para atrás sin moverse. Tampoco se movieron los ojos de Miss Burden. Eran tan redondos y estaban tan quietos como el anillo negro de la boca del cañón del revólver. Cristmas no miraba a los ojos de Miss Burden. Miraba a la sombra del revólver en la pared; y estaba mirando cuando la curva sombra del gatillo se desvaneció». Incendia la casa, huye, es perseguido y muerto. Esta es la historia de un hombre-símbolo, el rostro de un mulato que puede rodar y tomar la forma precisa de todos los negros del Sur, la historia de un cuerpo de un mulato que rueda luchando cercado por la religión, tratando de liberarse, purificándose con el asco necesario que encuentra el hombre cuando no puede revelarse contra un destino impuesto sin condiciones. Su muerte casi es una ley establecida por la justicia: un pedazo de sombra que respira y es derrumbada. Pero sobre su corazón podrido nace una siempreviva.—ALFONSO ALCALDE.

OLA NOCTURNA, poemas de *Chela Reyes*

La poesía femenina chilena, que ostenta valores definitivos como Gabriela Mistral, no ha sido siempre afortunada. Son muchas las mujeres que escriben versos en Chile; es un abigarrado conjunto de voces, de acentos y expresiones. La mayoría de ellas se pierden por una vanidad ilimitada; otras con mayor personalidad no logran desasirse de influencias de poetas más altos y algunas apenas si entregan balbuceos eróticos, a los cuales son adictas. Pero no vayamos a caer en la tentación de señalar nombres, porque entonces se levantaría una montaña de improprios y las banderillas envenenadas nos serían lanzadas con mortales deseos de exterminio...

Entre las poetisas que en nuestro país han demostrado una mayor personalidad, una fuerza expresiva de mayor calidad, se